



Vida de leprosa: the testimony of a woman living with Hansen's disease in the Peruvian Amazon, 1947

Vida de leprosa: testimonio de una mujer viviendo con la enfermedad de Hansen en la Amazonía peruana, 1947

Marcos Cueto

Professor of the Universidad Peruana Cayetano Heredia
Av. Honorio Delgado, 430 Casilla Postal 4314
Lima 31 Peru
mcueto@upch.edu.pe

José Carlos de la Puente

Historian
Los Ánades, 135 Lima 27 Peru
jcdlpuente@terra.com.pe

CUETO, M. and de la PUENTE, J. C. : 'Vida de leprosa: the testimony of a woman living with Hansen's disease in the Peruvian Amazon, 1947'. *História, Ciências, Saúde — Manguinhos*, vol. 10 (supplement 1): 337-60, 2003.

This is the narrative of a patient made before, during and after being incarcerated in an agricultural colony in the Peruvian Amazon. In a vivid style, it narrates the decay of the body, the stigma and the compulsive segregation, as well as the hope for a better life. It is the perspective of a patient, something that is difficult to find when researching the history of health. The original publication was possible thanks to the German physician Maxime H. Kuczynski-Godard and thanks to the Institute of Social Medicine of the University of San Marcos that was directed by the professor of hygiene Carlos Enrique Paz-Soldán. We have used this publication for this transcription. Kuczynski-Godard was a German medical doctor that arrived in Peru in the mid 1930s and organized valuable activities in the Peruvian jungle as apart of an effort, which eventually failed, of the Peruvian State to colonize, or really to "civilize" the Amazon.

KEYWORDS: Peru, Hansen's disease or leprosy, narratives of patients, Amazon, agricultural colony of San Pablo.

CUETO, M. y de la PUENTE, J. C.: 'Vida de leprosa: testimonio de una mujer viviendo con la enfermedad de Hansen en la Amazonía peruana, 1947'. *História, Ciências, Saúde — Manguinhos*, vol. 10 (suplemento 1): 337-60, 2003.

Este es un testimonio de una paciente antes, durante y después de su internamiento en una colonia agrícola de la Amazonía peruana. Narra de una manera vívida el deterioro del cuerpo, el estigma y la segregación compulsiva, así como la esperanza de una vida mejor. Es la perspectiva de un paciente, algo que no es fácil de encontrar en el trabajo histórico sobre la salud. La publicación original fue posible gracias al médico alemán Maxime H. Kuczynski-Godard y gracias al Instituto de Medicina Social de la Universidad de San Marcos que dirigía el profesor de higiene Carlos Enrique Paz-Soldán. Nos hemos basado en dicha publicación para esta transcripción. Kuczynski-Godard fue un doctor alemán que llegó al Perú a mediados de los años 1930 y que realizó valiosos trabajos en la selva peruana como parte de un esfuerzo fallido del estado peruano por colonizar — o mejor dicho — 'civilizar' la Amazonía.

PALABRAS-CLAVES: Perú, enfermedad de Hansen o lepra, testimonios de pacientes, Amazonía, colonia agrícola de San Pablo.

Introductory note

The text below —¹ the vicissitudes of a patient before, during and after its incarceration in a “leprosarium” of the Peruvian jungle — is a contribution to the genre of patients’ narratives that is better known in other regions of the world.² A wrongly understood disease until a few decades ago, a sickness difficult to understand, untreatable and highly contagious produced intense stereotypes, stigmas and personal tragedies. The common themes of this genre and of the diseased are clearly portrayed in this text: the progressive decay and disfigurement of the body, the compulsive segregation, the tension and the solidarity among the sick, and the hope for a better life.

These themes make us remember an interview with the historian Roy Porter in which he said that disease is an individual experience and does not belong fully to medical doctors or the State, and therefore, produces individual anxieties and interpretations. In other words, this testimony provides another perspective of health development: that of the patients (Cueto, 2002, pp. 205-12). For historians of health it is difficult to find this testimonies. This is an additional reason that justifies its publication in this journal.

In its original publication this text appeared with an introduction entitled ‘Leprosy in the Peruvian Amazon. A leper’s life. Autobiography transmitted by Maxime H. Kuczynski-Godard.’ This title indicates that its publishing was an editorial effort of the Institute of Social Medicine directed

Nota introductoria

El texto que aquí presentamos —¹ los avatares de una paciente antes, durante y después de su internamiento en un ‘leprosario’ de la selva peruana — es una contribución al género de narraciones de enfermos que se ha hecho conocida en otras regiones del mundo.² Esta enfermedad, considerada equivocadamente hasta hace unas décadas como una dolencia incomprensible e incurable y de gran contagiosidad, fue motivo de intensos estereotipos, estigmas y dramas personales. Los temas comunes a este género y a esta enfermedad son claramente retratados en este texto: el progresivo deterioro y la desfiguración del cuerpo, la segregación compulsiva, la tensión y solidaridad entre los enfermos y la esperanza de una vida mejor.

Estos temas nos hacen recordar una entrevista al historiador Roy Porter en que decía que la enfermedad es antes que nada una experiencia individual que no pertenece por completo a los doctores o al Estado y, por lo tanto, genera inquietudes e interpretaciones individuales. Es decir, este texto ofrece otra perspectiva para el desarrollo de la salud: la de los pacientes (Cueto, 2002, pp. 205-12). Lo que ha ocurrido muchas veces es que encontrar estos testimonios ha sido difícil para los historiadores de la salud, una razón adicional por la que creemos que se justifica su publicación en esta revista.

Cuando se publicó originalmente, el texto fue precedido por una introducción titulada ‘La lepra en la Amazonía peruana. Vida de leprosa. Autobiografía comunicada por Maxime H. Kuczynski-Godard’. Ello indica que fue un esfuerzo editorial que formó parte del trabajo del Instituto de

¹Este testimonio apareció como un folleto de veinte páginas, *Vida de leprosa* (Lima, Ediciones de la Reforma Médica, 1947). En la carátula, también aparecía la referencia: ‘Narraciones médico-sociales extraordinarias’ y una ilustración de la planta medicinal catagua (*Hura crepitans* L. *Euphorbiaceae*). Otra referencia es que fue una separata de la revista *La Reforma Médica* (n^{os} 488, 489, dic. 1946). El texto original se encuentra en la Biblioteca Nacional del Perú, en Lima, bajo la signatura C S51 K88.

²Algunas de las narraciones más conocidas sobre la enfermedad de Hansen fueron escritas por Perry Burgues (1951, 1940).

by Carlos Enrique Paz-Soldán. Kuczynski-Godard was a member of the Institute. We have used this publication in this reproduction. In its presentation the German physician explained that his motivation to disseminate this testimony is to emphasize that the worst enemy of sanitation was the “persecution of [the sick] that produces flight,” namely an escape of cases.³

Kuczynski-Godard was a German physician that arrived in Peru in the mid 1930s and organized valuable activities in the Peruvian jungle as part of an effort, which eventually failed, to colonize or “civilize” the Amazon (Cueto, 2001, pp. 39-74).

Between 1940 and 1942, he was appointed chief of the ‘Supervisión Sanitaria del Nor-Oriente Peruano’, an organization that functioned as part of the Ministry of Health. In this position he was in charge of the sanitary problems of the departments of Loreto, San Martín y Amazonas, regions that represented about 60% of the Peruvian national territory (Kuczynski-Godard, 1944, 1942).

As part of his duties Kuczynski-Godard (1947, p. 360) had to present “complete information” on hookworm, malaria and leprosy. He established his headquarters in Iquitos, the main port-city of the Peruvian Amazon, from where he reorganized the Assylum-Agricultural Colony of San Pablo, which housed the patients of leprosy. The “leprosorium”, as it was popularly known, was created in 1925 in the department of Loreto, and in spite of some reorganization, the sick lived in misery and oblivion. Towards the mid-1920s, the “leprosorium” was the home for a little less than fifty patients per year and in 1943 the number raised to 350 (Pesce, 1961, p. 44; Kuczynski-Godard, 1940, pp. 1-82). In

Medicina Social de la Universidad de San Marcos que dirigía el profesor de higiene Carlos Enrique Paz-Soldán, al que pertenecía el Dr. Kuczynski-Godard (1939). Nos hemos basado en esta publicación para esta transcripción. En su presentación, el médico explicó que su motivación para difundir este testimonio fue resaltar que el peor enemigo del saneamiento era la “persecución [del enfermo] que lleva a la fuga”.³

Kuczynski-Godard fue un doctor alemán que llegó al Perú a mediados de los años 1930 y que realizó valiosos trabajos en la selva peruana como parte de un esfuerzo fallido del estado peruano por colonizar o, mejor dicho, ‘civilizar’ la Amazonía (Cueto, 2001, pp. 39-74).

Entre 1940 y 1942, fue nombrado jefe de la Supervisión Sanitaria del Nor-Oriente Peruano, una institución que funcionó en el Ministerio de Salud Pública, Trabajo y Previsión. En esta posición, estuvo encargado de los problemas sanitarios de los departamentos de Loreto, San Martín y Amazonas, regiones que representaban cerca del 60% del territorio nacional (Kuczynski-Godard, 1944, 1942).

Kuczynski-Godard (1947, p. 360) debía presentar una información completa con respecto a enfermedades como la anquilostomiasis, la malaria y la lepra. Estableció su oficina central en Iquitos, el principal puerto de la Amazonía peruana, desde donde reorganizó el asilo-colonia agrícola de San Pablo, el cual albergaba a los enfermos de lepra. El ‘leprosorio’ — como popularmente era conocido — había sido creado en 1925 en el departamento de Loreto y, a pesar de algunas reorganizaciones, los enfermos vivían en la miseria y el abandono. Hacia mediados de los años 1920, el ‘leprosorio’ atendía a menos de cincuenta pacientes por año y en 1943 llegó a los 350 (sobre este tema, ver Pesca, 1961, p. 44; Kuczynski-Godard, 1940, pp. 1-82). En 1944 se estimó en 3.248 los casos de lepra en el país (Santos y Barclay, 1995; Barclay, 1995, pp. 228-85; García-Jordán, 1998).

³ Ver también Kuczynski-Godard (1944).

1944, it was estimated in 3,248 the cases of Hansen's disease in the country (Santos y Barclay, 1995; Barclay, 1995, pp. 228-85; García-Jordan, 1998).

In the mid-1940s, the Peruvian Amazon experienced a brief period of growth because, among other reasons, the U.S. lost its sources of rubber and quinine after Japan occupied the Dutch Indies during World War II. The renewed interest meant some reversal of the economic decline this region experienced after the rubber boom of the early 20th century.

The introduction of the testimony, its publication by the press linked to the Institute of Social Medicine, the mention of the "gringo", and the work of the author as a nurse in the "colony" suggest that the German physician supervised the text. In addition, the inadequate use of the verbs *ser* y *estar* (as in "*éramos*") might reveal an intervention of the medical doctor, whose first language was not Spanish. However, it might be the case of a person of Indian background that uses the verb in the same way. In the aforementioned introduction there is a brief sentence that suggests that the original text was not altered: "I have to overcome very strong scruples before [publishing it]." The use of terms of Portuguese influence such as *farina*, *pesquisadores* o *cachaza*, common in the region, suggests that the text is authentic. The publication includes some photographs of the colony of San Pablo. However, they are neither clear nor special. We have kept the original writing, modernizing the grammar, including some stress marks, creating footnotes to clarify some terms or places, including a few words in space brackets and leaving aside a few sentences of secondary interest to facilitate the reading.

An important change in this transcription is the creation of six sections that appear in roman numbers. The sections are related to

A mediados de los años 1940, la Amazonía peruana experimentó un breve periodo de crecimiento debido, entre otras razones, a la pérdida de los Estados Unidos de sus fuentes de caucho y de quinina debido a la ocupación de Japón de las Indias Holandesas durante la Segunda Guerra Mundial. Este renovado interés modificó en algo la declinación económica en una región que se estaba recuperando de las secuelas del fin del auge de la explotación del caucho de comienzos de siglo.

La presentación del texto, su publicación por la editorial a la que estaba ligado el Instituto de Medicina Social, la mención del 'gringo' y el trabajo de la autora como enfermera en la colonia sugieren que el médico alemán supervisó el texto. Asimismo, el uso inapropiado de los verbos *ser* y *estar* (como en la conjugación '*éramos*') puede revelar una intervención del médico cuyo primer idioma no era el español, aunque hay que decir también que este uso es consonante con la forma de hablar de muchas personas de origen indígena en el Perú. En la introducción ya mencionada, se refiere algo que puede hacer pensar que no se modificó mucho el original: "he tenido que vencer escrúpulos muy fuertes antes de [publicarla]". El empleo de algunos términos de posible influencia portuguesa como *farina*, *pesquisadores* o *cachaza*, comunes en la región, sugieren la autenticidad del texto. El mismo tiene algunas fotografías sobre la colonia de San Pablo cuya nitidez y resolución no son claras ni especiales. Hemos mantenido la redacción original modernizando la ortografía, incluyendo tildes, creando notas a pie de página para aclarar algunos términos o lugares, incluyendo algunas pocas palabras entre corchetes y eliminando pocas oraciones de interés secundario para hacer más fácil la lectura.

Un cambio importante en esta transcripción es la creación de seis secciones que sólo van señaladas con numerales romanos. Estas secciones se refieren a: I. Infancia en Iquitos, hasta el descubrimiento de la enfermedad; II. Huída y estigma; III. Uso de medicina tradicional e internamiento

I. Childhood in Iquitos, to the discovery of the disease; II Flight and Stigma; III Use of traditional medicine and refuge in the jungle; IV Arrival in San Pablo; V Changes in San Pablo with the arrival of the “gringo” and VI Departure from San Pablo and arrival to Pablo and the beginning of nursing studies.

The story presented here has details that allow us to believe in its authenticity and in its value as a historical document. In addition, they illustrate the richness, complexity, hope and profound humanitarian values that can be found in the feelings and perceptions of a patient.

en la selva; IV. Llegada a San Pablo; V. Cambios en San Pablo con la llegada del ‘gringo’; VI. Partida de San Pablo y reinserción en la ciudad de Iquitos, iniciando los estudios de enfermería.

La historia que aquí se presenta tiene detalles que permiten creer en su autenticidad y en su valor como documento histórico. Asimismo, ilustran la riqueza, la complejidad, la esperanza y el profundo valor humano que se encuentran en los sentimientos y percepciones de un paciente.



I

Era en Iquitos, en el año 1923.⁴ Vivíamos en una casa toda de calamina, con su piso de tierra batida. No recuerdo nada de ese tiempo. Tenía apenas un poco más de un año. Mi padre no estaba con nosotros; ‘habilitado’ por una casa comercial vivía en el río Cangaza como *sberinguero* (extractor de jebe). ... Esta época, según me contaron mis hermanos, para nuestro grupo huérfano, fue muy difícil. Éramos siete niños chicos en casa, con mi mamá y abuela. Ellas debían mantenernos, mi madre ganando centavos en las fábricas de tagua o en la desmotadora de algodón, lo que no alcanzaba para saciar y vestirnos, mi abuela contribuyendo, por consiguiente lavando tripas y preparando chorizos.⁵ Hubo una epidemia de sarampión; todos caímos enfermos; murió mi hermana mayor de tres años.

Sorpresivamente mi padre regresó, extenuado, sufriendo beriberi. Durante meses quedó inválido antes de poder reanudar su lucha por nuestro pan diario. ... Siempre quedábamos pobres; mi madre lavaba y planchaba. Quiso comprarse una máquina de coser, y para reunir el dinero preparaba y vendía panes. En este tiempo nació mi hermana Clara que murió a los 11 meses, una hermosa niña.

Durante su velorio con muchos condolientes, entró en nuestra casa una mujer que llamó mi atención, por niña que fuera, a causa de tener la cara y los antebrazos afeados por excrecencias raras, grandes y chicas. Sus manos y orejas eran deformes. Oí decir de ella que “el sapo le había orinado”, lo que en el pensar de la gente origina el ‘ticti’, la verruga vulgar. Yo miré a esta mujer un rato; ella rezaba junto a mi hermana muerta. No recuerdo si estuve a su lado. Siempre la vi pasar por nuestra calle siendo, seguramente, una vecina, hasta que desapareció, de un momento a otro, sin que se hubiese sabido adonde había ido.

Vivíamos ya en mejor casa. Yo seguí el colegio. Muchas veces mi madre me mandó al mercado para hacer compras. Cuando tuve cinco centavos para pagarme una golosina, me gustó mucho comprar empanadas que allá vendía una señora. No me asustó que ésta tuviera grandes manchas rojas en la cara, ni tampoco sus manos hinchadas y sus pies escondidos en grandes envolturas. Tuvo ella una vecina anciana que una vez me llamó para prevenirme que no comprara mis queridas empanadas por sufrir su vendedora de una enfermedad muy mala. En mi casa, por supuesto nadie sospechó mis pequeños negocios.

⁴Iquitos era la capital del departamento de Loreto, ubicada en la extensión de terreno entre los ríos Nanay e Itaya, antes de su desembocadura en el río Amazonas. Era, desde la época del auge del caucho de comienzos del siglo XX, la ciudad más importante de la Amazonía Peruana.

⁵Tagua se refiere a un tipo de palmera de la selva cuyas largas hojas sirven para elaborar los techos de las casas.

Un día, en el baño, mi madre notó que yo tenía manchas blancas en las nalgas e, inmediatamente, consultó al médico. Con la uña de su dedo probó la sensibilidad de las partes afectadas y sacó muestras de mi nariz. Como, al parecer, los resultados habían sido negativos, tranquilizó a mi madre diciéndole que “estas manchas se deben a los pescados que comen ustedes”, dando expresión a una creencia popular que más tarde encontré con suma frecuencia. También sugirió la posibilidad de que baños en “agua sucia” habrían provocado las lesiones. Me ordenó “toques” con yodo; así, dijo, las manchas desaparecerían. Pasaron meses y años, pero éstas ni se perdieron ni hacían progreso. Yo seguí el colegio sin preocuparme del asunto. Mi familia, sin embargo, estaba angustiada.

Después de tres años, súbitamente, brotaron en mi pecho otras manchas chicas. Todavía completamente a oscuras sobre la naturaleza de mi mal, con todo, mis padres se desvelaron por conocer la esencia de éste y en su ignorancia comprensible, no pudiendo obtener datos precisos del médico, consultaron al espiritista (que cooperó estrechamente con un médico anciano). Me recetó píldoras “por sufrir del hígado”.

Estaba cursando la instrucción media. Mi familia quiso trasladarme a Lima para continuar mis estudios en mejor forma. ... Nuevamente se consultó a un médico para pedir su consejo con respecto a un cambio de clima. Se discutió sobre el posible diagnóstico y otra vez se me llevó al hospital para un análisis. Salió mi hermano del despacho llorando; me quedé petrificada; los que asistían se enteraron de que algo trágico ocurría. Aunque no se me dijo nada, de inmediato comprendí todo. Mi casa entera estaba como sumergida en un duelo súbito. Se me aisló completamente del contacto con mis prójimos. Vivía, dormía en sobresaltos. Obscuramente me sentí una sentenciada, culpable, condenada al escarnio público. Tenía apenas 14 años. Los médicos exigían que se me sacara de mi hogar. Se obligó a mi hermano mayor a abandonar un empleo público y su carrera.

II

A los tres días de lo sucedido salí de mi casa. Fueron días de un terror continuo en los cuales aprendí a temer a todo ser vivo, hasta a los animales, como seres de un mundo al cual había perdido todo derecho. Recordando hoy estos días estoy convencida de haber comprendido en mi carne, como bajo la luz de un relámpago, lo que es este concepto bíblico de la ‘impureza’, la autodefensa de una sociedad, primitiva y pobre, desprovista de conocimientos higiénicos y de instituciones sanitarias.

Me sentí hundida en un mundo de sombras donde nadie debería verme ni tocarme; quería llorar y no podía; era más cobarde que el llanto. Estaba como en un delirio: cuando cerraba los ojos veía seres deformes o personas que me perseguían o me huían. En estos tres

días me separé del mundo al que antes pertenecía. Reprochaba y odiaba. Fue Navidad, pero no para mí. Odiaba a la gente que la festejaba; temía, asimismo, por mi familia; adivinaba la crueldad y estupidez del medio.

Por fin en el campo me sentí un poco aliviada del peso de mi nuevo 'mundo'. Estaba entre extraños; me era indiferente separarme de ellos. Me ocupé de mi cuarto y comida; lavaba mi ropa. Leía, distracción única que me quedó de mi pasado. Vivía profundamente asustada temiendo hasta el movimiento de las ramas y las voces de extraños. Esperaba que de un minuto al otro me aprehendieran mis verdugos. Mi delito era seguir [viviendo] en un mundo al cual había perdido derecho.

Mi 'protectora' era una mujer de edad, ignorante y supersticiosa. Ora peleaba y gritaba con sus vecinos, ora hacía sus prácticas mágicas para verse libre de la maldad de ellos. Fue para mí algo completamente nuevo y de gran interés, aunque tal vida me atormentaba mucho, [era] una colegiala que no conocía nada de la vida íntima del pueblo analfabeto. Me iba relativamente bien porque la mujer recibía una remuneración fuerte de mis padres y, por consiguiente, me trató con cierta consideración; temía perder una entrada fácil.

Lo inevitable sucedió. Una mañana cuando estuve ocupada en preparar mi comida, un hombre se presentó en la casa y reclamó a la niña que se había refugiado en ella. Oí el diálogo que se entabló entre él y la mujer asustada que no sabía cómo contestar. Otra vez profundamente aterrorizada, como un animal acosado, pensé un momento [en] huir al monte, pero recordé a mi familia, las molestias que tal conducta podría ocasionarle y me presenté. El hombre me dijo que había hecho bien en haberle evitado emplear la fuerza. En compañía de un policía nos íbamos a Iquitos al Comando Sanitario.⁶ Fui el centro de las miradas y del murmullo de todos. ... Mientras tanto el rumor había corrido hasta mi casa y mi madre trataba de localizarme. Mi regreso fue un nuevo suplicio; la gente se aglomeraba para ver pasar a la leprosa. Así, no hubo otro remedio que buscar nuevo refugio. Era cosa muy difícil. Mis padres tuvieron que desatender sus quehaceres investigando al azar posibilidades de tener aceptación para mí. Todos estaban desesperados. Mientras tanto yo alisté mi fuga.

A horas avanzadas de la misma noche mis padres me buscaron y llevaron a casa de una señora que tuvo dos hijos enfermos del mismo mal. Fui depositada; mis padres se fueron. Quedé sentada sin poder dormir, en una habitación tan reducida que apenas cabían dos camas estrechas. La compartí con una niña de 14 años, leprosa desde mucho tiempo [atrás]. Su hermano de seis años, atacado recientemente por el

⁶ En esa época, esta era la máxima autoridad departamental en sanidad.

mismo mal, dormía en otro cuarto, con el resto de la familia. Mi compañera roncaba atrocemente; su hermano lloraba porque la obstrucción de su nariz le impedía dormir. Sus hermanos mayores le reñían por molestarles. Fue un infierno. Al amanecer estaba completamente desesperada; creía perder el juicio. Me sentí encerrada en una jaula sin poder dar tres pasos por lo reducido del 'refugio'. La otra chica estaba muy desfigurada por ronchas gruesas, rojo-oscuras; parecía como si alguien hubiera pegado estas manchas con mucha brutalidad. Me asusté pensando que, quizás, un día yo misma estaría en tal condición repugnante. La niña fue muy cariñosa conmigo, alegre de tener compañía. Para el bien mío esta situación no duró ni siquiera 12 horas. Vino un hermano mayor, propietario de una tienda. No estaba informado de mi llegada. La chica me aconsejó esconderme temiendo su intervención en contra mía. Curiosa, por eso, aguaité la discusión a bajísima voz, pero con mucha mímica, que se entabló entre él y su madre. Fue claro que vigorosamente se opuso a mi presencia. ... Seguí el diálogo por un hueco de la pared. Pude ver cómo insistió en la posibilidad de un contagio olvidando que el mal estaba mucho más establecido en su casa que en mi pobre persona.

Por fin, la familia inventó una estratagema para hacerme sacar de su hogar. Asustaron a mi madre pretendiendo que el 'pesquisidor' había dado con mi derrotero.⁷ La confusión en mi casa era tan profunda que mis padres inmediatamente de nuevo se pusieron en marcha. Tuve que esconderme por pocos días en casa de mi tía. La fuga se hizo en el día y me pareció la hazaña más atrevida.

Pensaron llevarme donde una octogenaria que vivía sola en una morada muy espaciosa; pero lo rehusó aunque, poco tiempo después, dio hospedaje a un joven enfermo 'muy bien vinculado'. Así siguió la búsqueda de un asilo. Una buena mujer, compadecida del sufrimiento de mis padres ... y de este modo otra vez fui a parar en el campo, en casa de un anciano que tenía un nieto leproso, hijo natural de un comerciante rico. Al mismo tiempo mis padres se instruían sobre el tratamiento con chaulmoogra.⁸ La morada y el lugar eran simpáticos, solitarios, con amplia posibilidad de movimiento para mí. Tenía mi cuarto propio, jardín, árboles frutales, en breve, las posibilidades de recrearme. El muchacho era casi de mi edad. Los 'pesquisidores' no le conocían. Como tenía lesiones muy visibles, salía sólo de noche para dar sus visitas a la ciudad. Hasta seguía la enseñanza nocturna. Era un joven muy bueno y trabajador que durante años casi sostenía a su

⁷ Probablemente se usó esta palabra, en lugar de 'investigador', por la influencia del portugués en la región.

⁸ El tratamiento de la época estaba basado sobre todo en inyecciones del aceite de chaulmoogra.

madre pescando y haciendo leña, hasta que un buen día — ya bajo tratamiento y vigilancia oficiales — se ahogó en un lago.

Otra vez mis padres tuvieron que hacer enormes sacrificios y por eso se me trató tan bien como a mi compañero. Me dieron baños de vapor, improvisándolos, calentando agua en dos latas de gasolina que se pusieron abajo de una escalera sobre la cual me tendía, todo eso cubierto de tela enjebada. Me pusieron a dieta evitando la sal, la grasa y carne de cerdo, ciertos pescados, huevos y paltas.

Mis padres me visitaban cada semana. A los seis meses mis síntomas habían desaparecido totalmente. Por desgracia ocurrió que el sitio de mi refugio se vendió a otra persona y el viejo recibió la orden de abandonar la casa. ... El anciano y la mujer encontraron una casa que quedaba cerca de Moronacocho y cuyo dueño era un vendedor de agua que por cierta 'locura' había buscado el tratamiento de un brujo. La pesca nocturna y los paseos en el lago eran nueva distracción para nosotros.⁹ El muchacho me advirtió de no dejarme ver por nadie; dijo que de todas partes había espías. Una vez, un guardia al ver sus lesiones le preguntó de qué enfermedad adolecía. Le contestó tranquilamente que en este mismo momento había sido picado por avispas y que lo que tenía era cosa pasajera. Y así salió triunfante. Dijo: "Hay que saber mentir para esquivar una cosa como esta."

Al poco tiempo de nuestra estadía volvió el vendedor de agua sin haber conseguido su curación esperada. Buscábamos y encontrábamos nuevo techo a orillas del mismo lago. Pero no pude quedarme mucho tiempo. La vida encareció demasiado; las ganancias de mi padre y de una hermana mía no permitían sostener, al mismo tiempo, el hogar y mi pensión. Hasta mis hermanos menores tuvieron que trabajar. Una noche, a horas avanzadas, volví a nuestra casa. Tuve que encerrarme en mi cuarto, oír a mis hermanos sin poder acercarme a ellos; seguí excluida de la comunidad de los sanos. En este tiempo hubo una fuerte epidemia de tifoidea en la ciudad. Los vecinos morían. Por más aislada que estaba, cogí el mal. Los gritos de mis delirios denunciaron mi presencia. Mi familia, nuevamente, enfrentó la necesidad de una decisión rápida antes de producirse un escándalo. Pero ¿cómo sacarme enferma como era?

Un médico vino una noche y me vio de lejos; me recetaba diversas veces medicinas sin investigar jamás mi condición, cobraba fuertes honorarios. Llegó la noche de mi fuga forzada. Me llevaron casi inconsciente en un carro a la casa del lago. Al día siguiente me desperté con la alegría de una persona que finalmente consigue lo que ansiaba febrilmente en la reclusión de una prisión: oí el canto de las aves, por vez primera algo lúcida. Pero mi huida había sido observada. Empezó de nuevo el murmurar hasta que llegó a oídos de mi madre. Algunos pretendieron haber visto sacar mi cadáver de la casa para arrojarlo en

⁹ Moronacocho es una ciudad de la Amazonía Peruana.

el cementerio a altas horas de la noche. Pareció un rumor favorable liberándome de la persecución; mi desgracia, quizá, se ocultaría tras del velo de la muerte supuesta. Pero los ojos escrutadores de los vecinos se enteraron de la verdad. Mientras tanto aprendí de nuevo a caminar. Sané con rapidez. Ninguna mancha, ningún otro síntoma delató mi mal. Me pregunté sin cesar por qué no podía regresar a mi hogar. Pero la ignorancia y crueldad tan generales impidieron mi rehabilitación o un tratamiento médico en debida forma.

Sólo años más tarde comprendí plenamente la tragedia de tantos enfermos que se podrían salvar mientras que la crueldad y cobardía humanas les reservaron, como a mí, el destino de los enfermos de la 'edad de la piedra'. La codicia de algunos, la maldad de otros, la ignorancia de casi todos, hicieron de cada caso curable un enfermo condenado, de la existencia de su familia un infierno, indujeron al obscurantismo y dispersaron el mal como ningún cultivo intencional lo hubiese hecho en mejor forma.

III

En la mente de la mujer con quien vivía surgió una idea, desastrosa para mí; se propuso "remachar la curación", como ella dijo. Con este fin resolvió que viajáramos donde sus compadres Cocama (tribu india) que residían en un rincón apartado del río Nanay. Dijo a mis padres que quería llevarme a la chacara para reponerme; al mismo tiempo me pidió que nada diría de su proyecto porque de otro modo seguiría mi cautiverio¹⁰. Su propósito era hacerme "dieta la catagua"¹¹. Salíamos con el beneplácito de mis padres, completamente ignorantes de la esencia del propósito. Fue un viaje atroz por no encontrar con facilidad la casa, preguntando ahí y allá, hasta que por fin llegábamos a un puerto vecino de otro compadre. Había llovido torrencialmente. El camino de medio kilómetro para llegar a la casa era fangoso hasta el extremo. Al acercarnos al claro del bosque donde estaba la choza, lloraba un niño y su hermana le asustó con mi persona que era un esqueleto, todavía: "¡es el *aya* (muerto); es el *tunchi* (el ánima que vaga) que viene a llevarte si lloras!". Durante toda mi estada en esta casa fui para el niño un espantajo. ... Oficialmente nosotros, dos pobres, no comíamos otra cosa que un pedazo de yuca cocida. Estuvimos fuera de todo contacto y carecíamos de cualquier forma de abastecimiento. Casi loca de hambre, aunque apenas capaz de andar, me arrastraba al monte para buscar hongos que cocía envueltos en hojas, en el mismo bosque. El fin de este sufrimiento, el 'tratamiento'

¹⁰ La 'chacra' es una parcela de terreno de tamaño variable, pero comúnmente de poca extensión, usada para el consumo familiar o de mediana escala.

¹¹ La planta medicinal utilizada contra la lepra. Actualmente se emplea contra el cáncer y otras dolencias. Ver Silva y García Ruiz (1997, p. 76).

con catagua, no se consiguió en esta casa. Buscábamos a otro compadre de la mujer, igualmente Cocama, cuya condición era algo mejor. Como alimento para el viaje sólo tuvimos una perdiz que el muchacho atrapó en una *tuclla* (trampa de lazo con cebo). El viaje se realizó en el día; el trecho era corto y poco poblado. La canoa era grande. Yo ocupaba un sitio en la proa, junto a la olla. Los bultos tras de mí me escondían de la vista de los otros. Delante de mí hubo dos bogas.¹² En un momento propicio robé dos presas de la sabrosa carne. Llegando de tarde muy mojados a nuestro destino se repartió la comida y faltaron las dos presas; se inculpó a los bogas; pero no tuve la valentía de confesar mi culpa.

Vivíamos un poco mejor; llegaban provisiones que mis padres mandaban aunque mucho se vendía en el camino; abundaban las yucas. Empezó mi prueba. Cada mañana tomé un vaso de catagua, es decir una minúscula cantidad de la leche del árbol preparada en agua, en ayunas. Tenía un fuerte olor y sabor de humo. Tuve que tomar este ‘medicamento’ tres días seguidos; me provocó vómitos y diarreas que duraron todo el día. Me sentí como moribunda: mis pies no me sostenían. Además, no me dieron ninguna comida sino un poco de *chapo* (puré) de plátanos verdes, sin sal y azúcar, una vez al día.

La dieta de plátanos y pescado ahumado (*boquichico*, sin sal u otro condimento) duró 15 días. Otra vez sufrí un hambre atroz. Mi intestino quedó muy irritado; seguí con diarreas continuas. A los 15 días me permitieron la sal, al mes, el dulce. Estaba mucho más débil que después de la tifoidea. Tres días más tarde recibí la visita de mi madre que me reconfortó algo; ansiaba regresar con ella; pero no me llevó. En este tiempo, un buen día, vino el teniente gobernador del caserío en búsqueda de una enferma de la cual se le había dicho que se escondía en esta casa. Había aprendido ya a mentir; le contesté tranquilamente: “Aquí no hay tal enferma; sólo yo y vea usted mismo si yo soy plagada.”

Se fue disculpándose. Pero mi habilidad resultó inútil. He hablado del pleito por la casa que ocupábamos anteriormente, en Morona[cocha]. El nuevo dueño, rencoroso y vengativo ... nos denunció a la policía. A los pocos días dos guardias armados nos buscaron. Esta vez me enloquecí completamente. Quise huir al monte; no lo hice. Me puse en mi cama. En verdad, se buscaba al muchacho; y se me atrapó. Todos tuvimos que embarcarnos con rumbo a la ciudad. Mi ‘tratamiento’ y ‘dieta’ me habían extenuado. Nuevamente me habían brotado manchas. Mis pies se hincharon. Aparentemente tuve una irritación pleurítica porque la respiración, el reír, todo movimiento brusco me dolían insoportablemente.¹³

¹² Se refiere a las personas encargadas de los remos que daban impulso a la embarcación.

¹³ Probablemente indique que sufría de una lepra tuberculoide que era considerada la más benigna.

Mucho más tarde, cuando ya era enfermera, la radioscopia mostró una adherencia pleural. El viaje en canoa duró toda la noche sin protección alguna. Con mis últimas fuerzas en las primeras horas del día tuve que marchar como una criminal al puesto. No nos dejaron entrar; esperábamos al frente en plena calle, parados. Me arrimé a la pared para no caer. Empezó el desfile de los curiosos. Algunos escupían de asco. A las ocho de la mañana vino mi madre después de haber suplicado al médico que se me evitase este tormento inhumano. Ella luchó, el médico intervino; y, por fin, se me llevó una vez más al Comando Sanitario donde por lo menos pude esperar en la huerta hasta que se definió mi destino. El muchacho enfermo estaba conmigo; era mucho más enfermo que yo, con una lepra cutánea avanzada. Vivía pobremente, pero era hijo natural de un hombre rico. Éste recibió, inmediatamente, la advertencia de un posible escándalo que envolvía su nombre. Lo que pasó, no lo sé; ambos íbamos en la balsa para embarcarnos para la colonia de leproso San Pablo; pero, apenas dos horas pasadas, mi compañero recibió la orden de irse a su casa.

Yo quedé tres días en esta balsa, cerca del mercado central, objeto indefenso de la curiosidad cruel de docenas de paseantes. Se opusieron las autoridades a que esperara en casa de mis padres el tiempo que requería la colección de tantos enfermos que valdría la pena despachar en el transporte. Pretexto o no, por pobre que era mi padre, tuvo que pagar el costo del transporte. En estos días angustiosos, tres veces, personas bondadosas me propusieron liberarme; no tuve aspecto de leprosa; mis manchas no eran visibles.

Otras personas, vecinas de mi casa, antiguas 'amigas', por lo contrario gritaron a voz en cuello que era yo un monstruo, completamente mutilada. El médico jefe de la colonia, aunque presente, no me visitó o citó para un examen. Yo estaba exhausta; echada por mi debilidad extrema y el agotamiento moral profundo, me resignaba a todo. Odiaba como quizá, todos estos enfermos lo hacen; pero no resistía más. En el día sólo esperaba la noche y de noche no dormía. Hasta el murmullo de las aguas exasperaba. Sentí odio y nada más.

I V

Vino el día de la salida. Me trasladaron a otra balsa que dos bogas y un anciano llevaron a San Pablo; como dijo la gente: "allá van a dejar sus huesos." Iquitos y las siluetas de mis padres desaparecieron. Yo no pude llorar.

Los pocos momentos que lograba dormir, era presa de horribles pesadillas. Gritaba despertándome. El boga me calmaba: "No ocurre nada, niña." Pasando una guarnición, un bote lleno de soldados, exigió que me muestre "para ver a la enferma". Los bogas de noche hablaron de brujería, del "buque fantasma" que arruina a los navegantes.

Antes de llegar a la colonia, en un temporal, perdimos todos nuestros víveres por zozobrar nuestra canoa. El boga principal comenzó a vituperar contra los enfermos que llamaba haraganes que sólo esperaban que el estado les mantenga. Si dependiera de ellos, todo el mundo sería leproso; y entonces serían felices. No les hizo ningún servicio — y en estos tiempos los enfermos dependían, todavía, de la buena voluntad de los ‘regatones’ — y los enfermos, por supuesto, les odiaban.¹⁴

El 30 de julio, a las dos de la tarde, la balsa arribó en San Pablo. Grito general: ¡Enfermos a la vista! Corrían muchos hacia la balsa. Venían cojos, otros con caras grotescamente hinchadas, con orejas inmensas, narices hundidas, manos sin dedos o [dedos] encogidos. En un instante la balsa fue invadida por una multitud de enfermos que de golpe me revelaron el horror de este mal del cual, hasta entonces, no había tenido idea. Pertenece a ellos, lo sentí, asustada como jamás en mi vida anterior.

Ellos, por su parte, estaban contentos. De un solo movimiento docenas de manos levantaron mi bagaje y lo condujeron a la plaza. Vino el guardián y me preguntó mi nombre. Después tuve que ir allá para que me viera el administrador. No podía caminar; el dolor había empeorado. Un enfermo se ofreció a llevarme en sus brazos; otro sugirió que me llevaran en la ‘parihuela’, especie de camilla en la cual transportaban a los muertos. Alguien se opuso a esta idea y ya era un hecho de que el hombre me cargara. Lo miré. Sudaba profusamente y tenía la cara muy deforme. Hablaba gagueando. Hice un último esfuerzo para evitar que me tomara en sus brazos; pedí un bastón. Fracásé lamentablemente. El enfermo me transportó.

La plaza era un trozo de tierra estrecho, en la orilla del río; alrededor de ella habían cuatro tablas, puestas sobre dos pilares de madera cada una, a manera de bancos. Se veían casas de la antigua hacienda, deshechas, a su lado chozas misérrimas. La miseria, a primera vista, era tan grande que más que un sanatorio daba la impresión de un caserío abandonado. Una alambrada separaba el mundo de los enfermos de la administración. El empleado quiso darme un cuarto libre cuyo ocupante había muerto recientemente. ‘Por disciplina’ le habían pegado duro. Tales castigos, como me enteré pronto, eran ‘medicina’ bien corriente. A mí también me dieron mi primera lección por una orden que me acompañaba y según la cual tuve que alojarme en un cuarto colectivo para varios enfermos. Se temía mi fuga, acontecimiento muy frecuente en estos tiempos cuando San Pablo servía para recluir y nada más.

¹⁴ Término usado para la persona que realiza un trato comercial sujeto a una negociación del precio.

Como no había llevado cama tuve que acostarme en el suelo. Llegaron los visitantes. Algunos se preguntaban qué era lo que tenía y si no se habían equivocado en el diagnóstico al mandarme. Otros querían saber si llevaba víveres de venta. Tenía galletas y *fariña* sobre las cuales se abalanzaron. La señora del cuarto me ofreció dulce de frejoles, hecho por ella; me decía: “¡No tengas asco!, mira mis manos, son limpias, no tienen heridas; puedes comer sin escrúpulo.” Pasaron las horas de curiosidad; los visitantes se fueron. Llegó el ‘ranchero’ que traía la comida, sopa de fideos, frejoles con arroz y un pedazo de carne cocida. No comí. La primera noche en el asilo fue muy penosa: tenía que acostumbrarme a los ronquidos y quejidos de los demás. Amaneció; no podía levantarme. Tenía que resignarme a recibir comida de inválidos. Los otros enfermos preparaban su comida con los víveres que se les repartía cada sábado.

Me daban perlas de trementina contra mi malestar; y éstas, por supuesto, no tuvieron ningún efecto. Un enfermo me aconsejó moler cogollos de café y tomar la infusión. Tampoco me alivió. Trataba de caminar, hacer movimientos. A los 15 días llegó el médico-director. Pensé que cada enfermo que no podía moverse era visitado por él. Vanas esperanzas. El doctor se reducía a ver de lejos a los pacientes, a través de la alambrada. Cuando era agradable con ellos, les veía en el ‘tópico’, una casucha que quedaba en el centro de la línea divisoria. Sin reconocerme, el médico me mandó algunas pastillas que me ayudaron algo. A los tres días de su visita regresó a Iquitos. Y siguió la rutina.

Dos veces por semana sonaba el pito llamando a los enfermos que querían curarse. Además hubo algo que interrumpía esta monotonía: era la marcha diaria de una cantidad de enfermos que seguían el tratamiento del ‘gringo’.¹⁵ Pregunté:

—¿Quién es el gringo?

— Es un doctor muy amable; ciframos nuestras esperanzas en él aunque ‘el grupo de afuera’ (los sanos) diga que nada hará y siguen de muy mala gana las instrucciones que ha dejado.”

— ¿Dónde está?

— Dicen que está en Lima y que no regresará más, cosa que no creemos, pues nos ha prometido volver. Los de acá no quieren que regrese para no tener que andar ‘rectos’.¹⁶ Además, tienen miedo al ver cómo nos trata. No nos tiene miedo; nos toca; nos examina y nos cura él mismo. Trae microscopio. Tiene voluntad e interés en curarnos. Dice que muchos de nosotros podremos volver al mundo de los sanos.”

¹⁵ Probablemente se refiere a Kuczynski-Godard.

¹⁶ Expresión usada para denominar un comportamiento correcto y según las normas establecidas.

—¿Ven mejoría con el tratamiento?

—¡Y como no!” Mire usted las orejas de Bernardo; están mucho mejor; antes las tenía casi hasta los hombros.

Me convencí que este muchacho era el paciente más asiduo al nuevo tratamiento. Sin embargo, su condición era muy grave.

Pasaron los días y ya pude caminar. Comencé a recibir víveres crudos. No tenía menaje de cocina. Tuve que pedirlos de mi familia. Mientras que lleguen fue preciso cocinar en... [las] de una compañera de cuarto. La armonía duró poco tiempo. La señora temía que sus utensilios ‘se gasten’ si se cocinaba en ellos para dos personas. Pasó un vapor; dejó una encomienda para mí. La anciana se compuso; envíos abrían los corazones, especialmente de una pobre mujer que aunque siendo de familia pudiente había sido abandonada por completo por los suyos. Ni la mencionaban, ni la subvencionaban; era una muerta, pero su sombra vivía en forma de un miedo pánico de los parientes que no cesaron de consultar al médico por cualquier lesión ‘sospechosa’.

La vieja era de ojos azules, y este rasgo justificaba que se considerara “de sangre real”; despreciaba a los demás; les trataba de “cholos”; nadie valía para ella. Cuando llegué, estaba feliz, pues, aunque yo no tenga los ojos azules, me aceptaba también, como “de sangre real”. Si alguien la enojaba, si un hombre no le quería vender leña o si el repartidor de víveres le daba un pedazo de ‘gualdrapa’ (andrajo de carne), lloraba y me decía que era injusto que nosotras, las “de sangre real”, hayamos venido a parar en esta pocilga. Otras veces estaba jubilosa; había logrado comprar carne de venado — criaba gallinas y las vendía a la administración — adquisición, según ella, imposible para otros por no tener con qué pagarla. Exclamaba: “Por la plata baila el perro; y por el oro, amo y todo.”

El espíritu de los enfermos tuvo sus altas y bajas. Hubo momentos de buen humor y amabilidad, otros cuando blasfemaban uno a otro, sin razón. Chismes y discordias eran frecuentes, tanto más cuanto que, en este tiempo, la colonia, es decir los enfermos, no tuvieron ni ocupación ni propósito. Los hombres sobresalían en intrigas y bajezas; no por eso, las mujeres eran ángeles. Pasquines eran en boga. Ataques raras veces se hicieron de frente. El lema general consistía en “tirar la piedra y esconder la mano”. Las infamias se escribían en papel y éste era depositado en el torno donde todo el mundo pasaba para recibir comida. Tampoco yo escapé a este trato porque no acepté las ofertas amorosas de los enfermos cuyo pensar giró alrededor de su vida sexual.¹⁷ ...

¹⁷Según un estudio de los años 1950, el 71% de los pacientes de la colonia eran hombres. Ver Bresani (1957).

La llegada de balsas con enfermos siempre fue motivo de alegría, no por el hecho de que hayan caído en la desgracia, no es eso, pues he notado que cada quien que llega, y especialmente los niños, provocan compasión, sino por tener gente nueva, quizás de los pueblos nativos, contactos con el mundo de los vivos, objetos de conversación. Niños de preferencia eran esperados porque las personas que tenían casa propia los necesitaban para ayudar en los quehaceres domésticos y las chácaras. Estos chicos, así recogidos, andaban de casa en casa; pronto se aburrían de una por el exceso del trabajo, o por maltratos recibidos; iban a otra porque eran libres, hijos de nadie; vivían a su antojo; aprendían rápidamente el modo de ser de los adultos; muchos con obsesión jugaban a naipes. Tales niños, por supuesto, casi sin excepción se mostraron renuentes a cualquier tratamiento de su mal. Un poco más tarde cuando se reorganizó la vida de los enfermos, en tales casos sólo cierta coerción dio resultados. Los enfermos vegetaban. Nunca se había creado la voluntad de sanar. Muchos, de cuando en cuando, se trataron “para mantener su estado sin empeorar”. ...

Yo evité razonar sobre mi destino; trabajé lo más posible físicamente, hasta haciendo leña. No participé, en mi fuero interno, en la mortificación que carcomió a los leprosos. Resentían el trato que se les proporcionaba, el desprecio, las chucherías que se les mandaba como ‘regalos’. Una luz en estas tinieblas era el paso de uno de los vapores de la Compañía Peruana que nunca dejaron de pararse, aunque sea por momentos, regalando a los enfermos buenos panes y otros alimentos de calidad.¹⁸ Entre los enfermos hubo dos marineros; señalando con banderillas pidieron un radio; y así la colonia recibió su primer aparato.

Se oye un ruido extraño, el sonido de una barra de fierro golpeada por otra. Era la señal de la muerte. Rodolfo había fallecido. ¡Pobre hombre! Vivía solo, sin nadie que le cuidara. De retazos de tablas que se despojaron de las paredes se fabricó un ataúd. Dos ‘semaneros’ (que usualmente repartían la comida) le llevaron al ‘panteón’. Algunos no tenían nada que podría haber servido para pagar el más modesto ataúd: se lo llevaron tal como era en la ‘parihuela’, y le enterraron así. Por temor a eso, algunos con mucha anticipación reunían el dinero necesario para la caja y lo guardaban en su cuarto. ...

Sentí la necesidad de tener techo propio, trabajar para mí. Mis padres me mandaron el dinero para construirlo. La obra corría a cargo del jefe de la casa en la cual vivía. La construcción demoró tres meses. Entonces era una niña de 16 años ¿Por qué necesitaba una morada propia siguiendo sola, sin casarme? Me boicotearon como pretenciosa; dijeron que nadie se atrevía a acercarse a mí. Me llamaron

¹⁸ Se refiere a la Compañía Peruana de Vapores, encargada del tránsito fluvial en el Perú.

comúnmente ‘marimacho’, un ser tan serio que no me hizo falta marido.¹⁹ Así me vi muy atrasada en mi propósito. Hubo un día que teníamos que trasladar las hojas para el techo. La noche anterior había llovido y éstas se encontraban en una laguna. Nadie quería sacarlas. Se reían con saña. Me quité los zapatos; desaté con poco esfuerzo las hojas y, una a una, fui sacándolas del lodo. En eso el viejo de la casa se animó a ayudarme. Así se vieron defraudadas las esperanzas de aquellos que querían ver cómo las hojas se me podrirían en el agua. La “joven de carácter fuerte” les había infundido respeto. Eso iba tan lejos que se rumoreaba que yo siempre dormía armada. ...

Vivíamos en un caserío en escombros; llegó la época de la creciente. La plaza se convirtió en una especie de lago; no pocas casas tuvieron el agua casi hasta el piso (la mayoría descansaba sobre pilares de huacapú).²⁰ El tráfico se hizo en pequeñas balsas. Llovía continuamente y el lodo era insoportable. El trajín diario por los pocos senderos que habían, hacía que este caserío en vez de parecer habitado por seres humanos, se asemejara a un chiquero. El lodo se esparcía hasta las rodillas y no eran pocas las veces que uno lo tenía hasta en la cara. Eran muy frecuentes las caídas para regocijo general. Cuando bajaba el agua, un hedor fétido invadió toda la colonia. Era putrefacción y algo más, porque no tengo que decir que en este pueblo no hubo nada de higiene, fuera de los baños que todo el mundo tomaba diariamente. Algunos estaban muy hinchados, todos sufrían anquilostomiasis.

Muchos vivían felices, gentes acostumbradas a la monotonía de sus chácaras; no habían sufrido mayor cambio al ingresar en la colonia; cultivaban y recibían lo que necesitaban. Pocos se resignaban al fastidio de las ‘inyecciones’. Había, por ejemplo, una Cocama que se reducía a su habitación y visitas al río. Al preguntarle por qué no se decidía a tratarse, me dijo que en su vida no había visto una forma igual de curar, que los espíritus que estaban causando destrozos en su cuerpo no saldrían a fuerza de pinchazos que la martirizaban dando sólo mayor placer a los demonios que de ella se habían apoderado.

... nosotros, todos ignorantes y víctimas de la ignorancia universal, que contra nuestros más sagrados derechos empleaba, sin misericordia, su única arma, el ostracismo, la expulsión, el sepulcro de seres vivos aunque hubiera mil posibilidades de salvarles si se les brindara una ayuda eficaz, a tiempo, si no se les tratara como fieras desde que se sospechaba un contagio. De ahí la cobardía de tantas familias, su

¹⁹ Término usado despectivamente contra las mujeres que se presume son lesbianas o presentan comportamientos masculinos.

²⁰ Un árbol de la zona cuya madera es usada en las casas.

explotación, el sufrimiento cruel e innecesario de tantos enfermos salvables, de ahí la propagación del mal, favorecido por el obscurantismo, el miedo general, hasta de los médicos, por esta actitud atávica que sólo el hombre muy embrutecido soporta sin sufrir desmesuradamente. Embrutecidos o revoltosos, desafortunados todos, fugitivos muchos, hasta criminales algunos en su rebeldía desesperada, los leprosos que llegaron a San Pablo acaso no podían ser mejores de lo que eran.

La vida era monótona; pero no faltaron visitas de ‘regatones’ que traían víveres de toda clase, telas y golosinas, hasta cerveza y *cachaza* ... Por las tardes, después de la comida los enfermos se reunían en la plaza para escuchar el radio. Otros se sentaban en la orilla del río. Las conversaciones giraban alrededor de las cosechas; se hablaba de la guerra, algunos recibían, de cuando en cuando, periódicos; se chismeaba.

Entre los enfermos mismos hubo negociantes que recibían mercancías y la vendían a los enfermos. Eso, por supuesto, era otra fuente de rencor y contiendas entre los competidores, formándose con este motivo bandos opuestos

Empezó a circular la noticia de que el otro médico volvería a la colonia antes de que se produjera esta visita inquisitorial.²¹ Vino exactamente cuando ésta se produjo; atracó en el puerto de los enfermos, cosa inaudita. Ya antes, al oír el motor de la lancha acercarse a la colonia, al verla venir verdaderamente, una inmensa inquietud se apoderó de los enfermos; las mujeres abandonaron sus cocinas; los hombres deliberaron la manera de recibirlo; por fin se acordó traer la bandera y cantar “Somos libres”.²² El médico con su comitiva recorrió la colonia. Fue un acontecimiento único, casi increíble para los enfermos que los recibían con frenesí. La ruptura del tabú que siempre había separado a los sanos del territorio ocupado por los enfermos, este paso revolucionario agitaba hasta los más embrutecidos de los leprosos. Tengo que confesar que no participé en esta confusión mental de todos; más bien observé con cierta curiosidad lo que pasó; me alegré al oír decir al nuevo médico que todos debían emprender la lucha por el porvenir, que todos debían trabajar y hacer un esfuerzo propio, que se haría el mayor conato para introducir tratamientos apropiados y enérgicos. Visiblemente muchos no comprendían. Todos hablaban de lo que habían oído o leído sobre curaciones; muchos se habían procurado los medicamentos y prescripciones de un médico colombiano; fue, hasta entonces, para nosotros todos la única norma de lo que podía ser, quizás un tratamiento de nuestro mal. Yo misma tuve mis inyecciones, mi

²¹ Seguramente se refiere a la segunda visita de Kuczynski-Godard.

²² Frase inicial del Himno Nacional del Perú.

jeringa y agujas, algodón y alcohol para independizarme de los 'topiqueros', dos enfermos de bajísima cultura, sin juicio y sin instrumentos adecuados, sin control alguno de su actividad. Nuestra situación era tan desamparada que los enfermos que necesitaban la amputación de una falange gangrenosa, lo hicieron con un pedazo de zuncho afilado²³.

Quizá, nada me ha dolido más en la colonia que ver este abandono que 'los de afuera' produjeron por su indiferencia, porque por paupérrima que era la condición económica de la organización muchas cosas eran inexcusables y se aplicaron sólo por haberse botado a los indefensos en un recinto inmundo que ni el médico ni el último peón miraron sino de lejos. ... Hemos sabido de los horrores de un campo de concentración, pero ¿hubo derecho de aceptar tal condición para enfermos, cerrar los ojos, permanecer en la actitud de un observador frío que hace sus visitas de paseo, come bien, duerme bien y se vanagloria aún de lo peligroso que fue su trabajo? Muchos que pasaron miraron la colonia con larga vistas desde un vapor; otros trabajaron en la administración, y no veían más, quizá menos, de nosotros que servíamos para darles empleo, sueldos, comida, en veces, negocio, pero eran muy pocos, si hubo algunos que comprendían y compadecían nuestra miseria íntima. Éramos condenados. Así se entiende que dos o tres veces durante mi estadía entre los enfermos se esparcía el rumor de que el gobierno había decidido terminar con ellos; y se levantó un llanto de desesperación porque hasta los más infelices se pegan a la vida por sufrida que sea.

V

Por eso, el cambio brusco hacia un trato humano hizo sensación pero era muy difícil porque el esclavo de muchos años al cual se devuelve su 'libertad' no sabe que hacer con ella. Se inició un tratamiento metódico, efectuado personalmente por el médico; diariamente se visitaron las habitaciones de todos aquellos que no podían andar. Se atendió a todos. Por vez primera se introdujo un cambio profundo del régimen diario de todos los enfermos que no eran inválidos. La nueva política era dar a cada uno y a todos una ocupación y un fin, interesar hasta el último enfermo en su propia curación. Reinaba la impaciencia; cada enfermo quería ser el primero en tratarse y hubo desesperación si no consiguió este propósito. Desde el principio de la nueva era yo funcionaba como auxiliar del médico y aprendí por el trabajo continuo e individual de cada día, porque pronto el número de enfermos que exigían una atención fue tan grande que una sola persona, el médico mismo, no pudo acabar. Aprendí trabajando, observando, pronto leyendo y cursando sistemáticamente.

²³ Probablemente un tipo de madera.

Se introdujo un espíritu de trabajo. Había gran actividad. Se cultivaron alimentos. Las faenas agrícolas eran muy concurridas; hasta los ancianos y los niños trabajaron con gran entusiasmo. Las tierras empezaron a producir. Sus frutos pertenecían a todos. Hasta los inválidos que no podían trabajar participaron en la alegría. Se instalaron talleres de costura y carpintería. Se inició la creación de una granja con vacas, chanchos y gallinas. Los enfermos se repartían, según su capacidad, entre estas tareas. El médico tuvo colaboradores sanos que dirigían y vigilaban personalmente esta organización. Hubo una enorme afluencia de enfermos lo que agudizó el problema difícilísimo del alojamiento. Hasta enfermos no contagiosos, hasta entonces escondidos por su propia voluntad se incorporaron a la colonia para seguir un tratamiento sistemático. Formaron en la inmensa primitividad de la situación general el puente entre los sanos y los más gravemente enfermos contagiosos.

La unión del principio no pudo durar. Las esperanzas eran demasiado grandes; la impaciencia rayaba en la desesperanza. Algunos progresaron y eran contentos. Muchos otros, condenados por la gravedad de su mal avanzado, buscaron milagros y no los consiguieron. Algunos, también, se habían firmemente establecido en su mal, en este ambiente mórbido por el desamparo de tantos años; dijeron: “Somos como el gramalote que baja para nunca más subir.”²⁴ Otros tuvieron ideas fantásticas; explicaron que el germen del mal era “un bicho que salta mucho”. “Si lo entierran a gran profundidad, logra salir a saltos. Cuando se le ponía al fuego, también se salvaba de este modo. De esta manera no nos salvaremos aunque nos quemasen vivos.” ...

Estaba ausente cuando caí enferma; pero volvió a los pocos días y me proporcionó un tratamiento que, al principio, intensificó mi mal para procurarme más tarde, después de 19 días de un estado muy grave del cual no guardo recuerdo alguno, un restablecimiento tan completo que todos los síntomas desaparecieron. Cayó mi cabello; me pelé de pies a cabeza; me alimentaron con mucho cuidado, durante días con jugo de naranja y huevos batidos y vitaminas. Me restablecí. Tuve una recaída, con el mismo tratamiento e igual resultado. Recibí, en este tiempo, excelente comida, muchas verduras que la colonia producía entonces en cantidad, carne, leche cuanto quería. Seguí, por supuesto, mi propio tratamiento de la manera más cuidadosa. Si en el momento de mi primer ‘reacción’ tuve todavía bacilos, los perdí por completo con la crisis. Desde este tiempo, ya seis años, me he mantenido así, por supuesto, bajo una vigilancia estricta y severa de mi condición. ...

²⁴ Se refiere a una hierba que crece de manera silvestre.

VI

Definitivamente sin síntomas y libre de bacilos recibí el permiso de salir de San Pablo. Aunque antes ya similar hecho había ocurrido con otro internado, mi liberación provocó cierta curiosidad entre mis antiguos compañeros. Me preguntaron si no tuve miedo de enfrentarme otra vez con este mundo hostil de los sanos. Y eso fue muy justo. Tuvieron curiosidad de saber mis sentimientos. Experimenté algo, quizá semejante a la impresión de un cautivo cuya puerta se abre y que desde mucho tiempo por vez primera ve la luz clara del mediodía. Era una sensación confusa, nada preciso; me dejé guiar.

El día de mi partida no hubo ninguna despedida. Todos miraban con indiferencia el hecho. Su primera enfermera se iba; pero ya hubo otras, muy buenas. Cuando estaba ya en la lancha, unos pocos enfermos vinieron a la orilla para batir sus pañuelos. No comprendí por qué lo hacían de lejos y no cuando estaba aún entre ellos. Parece que ya nos separaba un abismo, los enfermos y la persona que iba a recuperar el derecho de vivir en la comunidad de los sanos.

Teníamos que pasar la noche en las construcciones de la nueva colonia. Primera noche fuera del 'asilo'. Comimos en la lancha del médico. Estaba tan impresionada que no hablaba. Uno de los empleados esta noche adivinó mi temor; se acercó a mí y me dijo: "No te acobardes al llegar a la ciudad! Todo lo que la gente haga contigo lo hará por ignorancia. ¡Compórtate como si no hubieras sido protagonista del drama del cual has salido! Eres muy valiente." Esta recomendación me tranquilizó un poco. A decir verdad, estaba tan nerviosa que no logré dormir.

Al día siguiente emprendimos viaje rumbo a la ciudad. El recorrido debía durar tres días. Tuvimos que pernoctar en casas de amigos. En la lancha estaba inquieta; no lo demostraba. La tripulación por su parte era muy amigable sin darme un trato diferente de cualquier otra persona. La segunda noche la pasé en casa de una familia. Los hijos eran indiferentes conmigo; no así la madre que demostraba alguna reserva que me provocó cierta incomodidad; pero no tuve que quejarme. Siguiendo el viaje, me sentía mucho más aliviada en el bote que fuera de éste. Al llegar a la ciudad nuevamente estaba turbada. Era el día que volvería a ver, nuevamente, a mis padres y hermanos; era, también, el día en que debía enfrentarme por primera vez con la gente que me había perseguido. Era un domingo. Lo que me daba valor para ir desde el puerto hasta mi casa, era la compañía del médico. La primera impresión era de un sueño de hadas, mezclado con pesadillas. La ciudad en la cual había vivido tantos años me parecía totalmente nueva; cada mirada de un transeúnte me infundía miedo. Cualquier persona, por mal trajeada que era, me parecía vestida con un gusto

exquisito. Todo se me presentó lo más hermoso. Había olvidado hasta hablar; creo que mi vocabulario se había reducido a pocas palabras.

Llegábamos a mi hogar. Fue de sorpresa. A mi entrada todos gritaron al unísono; después vino el llanto, entre risas, lágrimas. Cuando todo había pasado, notábamos que el médico había desaparecido.

Comencé a cursar la enfermería. En el Centro de Salud todas las enfermeras me recibieron con cordialidad, menos una que no podía aceptar como colega a una ex-leprosa. Volví diversas veces a la colonia para trabajar en su enfermería. Estuve a cargo del tratamiento ambulante de enfermos leprosos seleccionados. Todo eso me afirmaba en mi vida nueva.

En el camino desde mi casa hasta el servicio, los primeros días era objeto de la severa mirada de todos, miradas llenas de insistencia; parecía que me examinaban minuciosamente para ver si encontraban el menor indicio del mal. Resolví caminar sin medias para que vieran que mis pies y manos, que un tiempo ‘me faltaron’, habían vuelto a crecer. Pasaron los días. Mi indiferencia frente a las gentes era única. Cierta día cometí el error de sonreír a una ‘amiga’, compañera de estudios; me opuso un desdén absoluto; no me veía. Otra vez entré en una farmacia por necesitar una compra; en la caja estaba otra colega de antaño — dicho sea de paso, nieta de un leproso —; al acercarme para pagar, dejó su asiento y ordenó a un empleado que recibiera el billete.

Desde este instante comprendí que mi lugar no podía ser este medio. Debía salir. Aunque conocía a tantas familias que habían sufrido ‘la desgracia’, me enteré que el obscurantismo y la crueldad no se habían vencido aún. Que todavía regía la misma actitud general que había sufrido en mi adolescencia y que me había casi aniquilado para toda la vida, como lo ha hecho con tantos seres infelices e inermes. Absurda actitud de la ignorancia que tanto ha contribuido y contribuye para infectar esta bella tierra que es nuestra Amazonía.

Queremos agradecer la colaboración de Jorge Lossio, quien nos proporcionó una copia del documento motivo de este artículo.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barclay, Frederica
1995 'Transformaciones en el espacio rural loreto'. En Pilar García-Jordán (ed.), *La construcción de la Amazonía andina, siglos XIX-XX: procesos de ocupación y transformación de la Amazonía peruana y ecuatoriana entre 1820 y 1960*. Quito, Abya-Yala.
- Bresani, Federico
1957 'El síndrome neural leproso, ensayo de sistematización'. Separata de la *Revista Peruana de Salud Pública*. Lima.
- Burgues, Perry
1951 *Born of those years. An autobiography*. New York, H. Holt..
- Burgues, Perry
1940 *Who walk alone*. New York, H. Holt.
- Cueto, Marcos
ene.-abr. 2002 'El pasado de la medicina: la historia y el oficio. Entrevista con Roy Porter'. *História, Ciências, Saúde — Manguinhos*, vol. 9(1).
- Cueto, Marcos
2001 'Un médico alemán en los Andes: la visión médico-social de Maxime Kuczynski-Godard'. *Allpanchis*, Lima, vol. 56.
- García-Jordán, Pilar
1998 *Fronteras, colonización y mano de obra indígena. Amazonía andina (siglos XIX-XX), la construcción del espacio socioeconómico amazónico en Ecuador, Perú y Bolivia (1792-1948)*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Kuczynski-Godard, Maxime
1947 *Prontuario de legislación sanitaria del Perú. Recopilación de leyes, decretos y demás disposiciones relativas a cuestiones sanitarias*. Lima, Imp. D. Miranda, primeira parte, tomo IV (1935-1947).
- Kuczynski-Godard Maxime
1944 *La vida en la Amazonía peruana, observaciones de un médico*. Lima, Imp. Lux.
- Kuczynski-Godard, Maxime
1942 *San Pablo, actualidad y provenir*. Lima, sin imprenta.
- Kuczynski-Godard Maxime
1940 'Algunas observaciones médico-sociales sobre el departamento de Amazonas'. *Boletín de la Dirección de Salubridad Pública*.
- Paz-Soldán, Carlos Enrique y Kuczynski-Godard, Maxime
1939 'La selva peruana, sus pobladores y su colonización en seguridad sanitaria'. *La Reforma Médica*. Lima.
- Pesce, Hugo
1961 *La epidemiología de la lepra en el Perú*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Santos, Fernando y Barclay, Frederica
1995 *Órdenes y desórdenes en la selva central: historia y economía de un espacio regional*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- Silva, Hermann y García Ruiz, Juan
1997 *La medicina tradicional en Loreto*. Iquitos, Instituto Peruano de Seguridad Social.